

## LA HUELLA ARABIGA EN EL IDIOMA ESPAÑOL

No hace falta hacer hincapié en que la huella arábica en lo español se encuentra por doquier. Si un viajero recorriera España encontraría en la toponimia signos inequívocos de la impronta oriental. Con un mediano conocimiento de la lengua árabe y de la cultura islámica hallará rastros indelebles de estas influencias en cantidad de lugares. Los nombres de muchos ríos y parajes son de ese origen; así Guadalquivir significa "río grande"; Guadalmedina; "río de la ciudad"; Guadarrama "río de arena"; Guadalajara, "río de piedras", etcétera. Ciudades y pueblos como Albacete, "el llano"; Almadén, "la mina"; Almunia; "el huerto"; Mogarraz, "el plantío"...

Un viajero que recorriese España oíría según la región llamar a las presas, *azudas*; a los canales de riego, *acequias*; a los estanques, *albercas*; a los molinos, *aceñas*; y en muchos pueblos hallará rastros de conducciones antiguas de agua llevada por medio de *arcaduces*, o verá *arriates* en los jardines, o se enterará de que la gente paga la *alfarda* para poder regar sus huertos, o ha de arreglar la *noria* para disponer de agua, o llenar el *aljibe* si quiere subvenir a la necesidad en tiempo seco.

Si para mientes en la flora hallará que abundan las *adelfas*, las *azucenas*, los *jazmines*, el *arrayán*, la *albahaca*, la *alhucema* y el *azahar*, la flor por antonomasia, que dan a los sentidos belleza de colores y delicadeza de perfumes. Comerá, si lo desea, *albérrchigos* o *albaricoques*, *acerolas* o *berenjenas*, *arroz* o *alubias*, y notará que sus guisados o alimentos están sazonados, a las veces, con azafrán o *alazos* con *alcaravea*, etcétera. Se daría cuenta de que el ganado se alimenta de *alfalfa*, *algarrobas* o *altramuces*, si es que no le echan un buen brazado de *alcacer*, esto es, de cecal verde.

Nuestro ideal viajero se detendría en una *alquería*, rodeada de *almeces*. Dirigiría sus pasos a una posada, y mientras descansaba de su caminata en el *zaguán*, oíría a los *arrieros* y traficantes arreglar sus negocios, quizá vea que pesan todavía por quintales, por *arrobas* y por *arredes*; y si se trata de cosas

muy estimadas, como el *azafrán*, por *adarmes* y quintales; que miden por *azumbres*, por *fanegas*, por *cahíces*. Y oirá a los traficantes, mientras echan el *alboroque* por sus tratos, decir que vienen del *almacén*, del *bazar* o de la *alhóndiga*; que han de ir al *almudí* o a la *alcaicería* o al *alfolí*; que han de presenciar la *almoneda*, o que sufren las consecuencias del *arancel*, o que han de pasar por el *azogue* o azoquejo; que los negocios están tales, por causa de las *aduanas*, que no queda de ganancias ni un *maravedí*.

Cuando llegue la hora de comer oirá machacar las especias en el *almirez*, y acaso su yantar lo remoje con vino *aloque*, y a los postres le sirvan *almojábanas*, *arrope*, *alfajores* o *alfeñiques*, y es casi seguro que, beberá *café* con *azúcar* y con algún anisado que tenga poco *alcohol*, y si se acatarrá tomará *jarabes*.

En su habitación de la posada habrá probablemente alguna *alfombra*, y como viajero distinguido no dormirá en la *márfega* del *arriero*, sino que en su *alcoba* tendrá cama con *almohada* y con *alifafe*, y *alcarraza* para el agua fresca en un rincón. Echará la *aldaba* de la puerta y se asomará al *alféizar* de la ventaja de *ajimez*, para ver el panorama.

En él distinguirá colores como el *azul*, *añil*, *escarlata*, *carmesí*, *almagre* y *alazán*; que estarán presentes en cosas y seres. Oirá quizá tocar *adufes*, *albogues*, *tambores*, *atabales*, *añafiles*, *laúdes* y *guitarras*; sabrá que los pescadores usan la *jábega*, la *almadraba* y la *almadía*; que los mozos llevarán *chairas* y *chiflas*; todavía verán que se ponen *alpargatas* y *alfileres*, aunque ya no se vistan las antiguas *chupas*, *cendales*, *alquiceles* y *albornoces*, aún se usan *zaragüelles* en algunos sitios.

Una cultura generalmente presta de otra lo que tiene necesidad de encontrar y lo que está dispuesta a utilizar. Partiendo de este supuesto -y teniendo en cuenta que los árabes al reunificar enormes conjuntos territoriales en su conquista crearon un medio idóneo para la fácil difusión de técnicas e ideas de un extremo a otro del imperio- la influencia de la civilización árabo-islámica durante el medioevo se ejerció poderosamente sobre todos los pueblos hispano-cristianos, si bien en mayor medida sobre el castellano.

Una de las formas más visibles de esta influencia llevada a efecto por el complejo árabo-islámico sobre el cristiano peninsular, y sobre los castellano-hablantes en particular, ha sido en el dominio del léxico.

Se ha comprobado efectivamente que el componente más importante en el léxico castellano, tras el latín, es el elemento arábigo, esto es, las palabras de origen árabe (el material griego no sería superior al arábigo cualitativamente hasta época contemporánea). Este fenómeno de prestación -que viene motivado esencialmente por hechos de hegemonía cultural y por concomitantes factores de prestigio, así como por nuevas realidades de la vida material- suele ser irrecurrentemente expresión de cambios, por lo que regularmente viene acompañado de manifestaciones de aculturación.

Dicho esto hay que entender, no obstante, que el cambio y la aculturación no vienen dados solamente por el paso de elementos de una cultura a otra, sino que también son muestra de un proceso continuo de interacción entre grupos culturales diferentes.

Sabemos, en efecto, que, cuando los conquistadores musulmanes se instalaron en la península ibérica a principios del siglo VIII, la cultura autóctona era todavía superior a la suya, puesto que aún un rescoldo de latinidad nutría en un principio a la España musulmana; de ahí la poblada supervivencia de una cierta tradición bajo latina en al-Andalus. Aun así éste, que formaba parte del Imperio Islámico, enseguida cambiaría para mejor sus condiciones económicas y, como éstas suelen propiciar una mayor creatividad intelectual, pronto comenzarán a recibirse o darse *in situ* múltiples innovaciones de todas clases.

Habría que esperar, sin embargo, todavía más de un siglo para que los logros culturales alcanzados en el Oriente empezasen a introducirse de forma considerable en al-Andalus, en tiempos de Abd al-Rahman II (822-852). Cuando en la Bagdad de los abasíes se estaba desarrollando una gran actividad traductora que verterá (durante los siglos IX y X) parte del legado grecolatino e indopersa al árabe. La recepción de esa herencia elevaría la cultura árabo-islámica a un alto nivel, viéndose incrementada con desarrollos y contribuciones originales que aumentarían el legado recibido en

casi todos los aspectos científicos, a la vez que la vida cotidiana conseguía unos adelantos excepcionales.

Al-Andalus, sin embargo, no alcanzaría su edad clásica hasta los califatos de 'Abd al-Rahman III (929-961) y al-Hakam II (861-976), será entonces cuando por fin se empiece a dar una cierta integración de los elementos dispares que componían la abigarrada sociedad andalusí (árabes, bereberes, muladíes, esclavones, judíos y mozárabes); a finales del siglo X, pues, se puede hablar de una cultura hispanoárabe que, aunque deudora de la arábigo oriental, tiene ya un sello particular. Córdoba, capital del califato andalusí, se convierte en el núcleo cultural peninsular y por lo mismo en centro difusor de cultura, siendo sus agentes principales de difusión a menudo mozárabes (cristianos provenientes de al-Andalus que se instalan durante los siglos IX y X en diversas zonas de la España cristiana).

Estos mozárabes, arabizados culturalmente, difundieron ciertos usos e instituciones hispanoárabes por el norte de la Península, por Galicia, Asturias, León, Zamora, Salamanca, Burgos, Najera; prueba de esta influencia es el caudal de arabismos (unos 200 antes del año mil) que se registran en los documentos en un latín cuasi romance. Ahora bien, si con las nuevas palabras pasaban al mundo hispanocristiano novedades relativas a diferentes campos de la actividad humana, esta recepción de influencias de los logros culturales árabo-islámicos fue recibida y adoptada por los cristianos de una manera un tanto selectiva, a saber.

En la alta Edad Media las sociedades cristianas peninsulares -y la europea en mayor o menor grado- necesitaban para sobrevivir y evolucionar de ciertas nociones fundamentales, como la adopción de nuevos modelos de organización, la adquisición de algunos rudimentos de administración, la recepción y utilización de hallazgos científicos y la puesta en práctica de técnicas diversas; por ello se prestan palabras que hacen referencia a instituciones sociales (*azogue, aldea, alfoz*, distrito jurisdiccional de la ciudad, *annubda*, servicio de tipo militar o tributo, *albalá*, cédula real); términos militares (*alferez, atalaya*...); monedas y medidas (*metical, almud, arrelde, cafiz*...); técnicas de regadío (*aceña*, molino harinero de agua,

*maquila, zafareche...);* productos textiles (*aceitara, algodón, alifafe, almeja*.).

Los cristianos necesitaban de una serie de innovaciones que ayudaran a progresar a una sociedad casi estancada. Estas exigencias sólo podían colmarse echando mano del expediente de prestación, y como únicamente puede tomarse de quien posee y está cerca, la contigüidad y superioridad cultural hispanoárabe permitió resolver, en gran parte, los problemas que se le planteaban a la sociedad cristiana peninsular del tiempo.

En el siglo XI el califato de Córdoba desaparece y su poder se repartió en numerosos "reinos de taifas" que impulsarán mecenazgos locales y diversificados. Es entonces cuando la ciencia andalusí, como en general toda la cultura hispano-árabe, alcanza la plenitud de su madurez.

La disparidad cultural existente entonces entre al-Andalus y los reinos cristianos peninsulares se vería mitigada cuando las sociedades cristianas e islámica acrecentaron sus contactos, creándose así nuevas realidades sociales en diversos puntos de encuentro de los que se derivarán modelos nuevos de organización.

Efectivamente, es entre principios del siglo XI y finales del siglo XII cuando la sociedad cristiana peninsular, menos estructurada que la árabe-islámica, toma prestadas prácticas administrativas de ésta; así aparecen ahora en el léxico castellano palabras como *alcalde, alguacil, almotacén, zalmedina, azofra, alcavala, almoneda*, cuyos significados y referentes dan cuenta de nuevas instituciones sociales y administrativas, copiadas por los cristianos en una época en la que ellos carecían de la sofisticación administrativa de aquella sociedad más compleja con la que estaban en contacto.

Las técnicas militares se renuevan también por entonces, como testimonian los vocablos *adarga, alcázar, alcaide, algara, almofalla, almofar, arriaz, arrobda, belmez, rebato, zaga*. Las medidas, moneda y tecnología aparecen ejemplificadas en los términos *arroba, fanega, maravedí, adobe*, etcétera.

Mayor alcance tiene la introducción de nuevas técnicas o ingenios en el dominio de la agricultura. Términos como *acequia, azuda, y noria* hablan por sí mismos del alcance de esas novedades técnicas. T. F. Glick asegura que la introducción de la *noria* en cualquier territorio ha tenido

consecuencias revolucionarias en la productividad agrícola. Esto combinado con la introducción de una serie de nuevos cultivos de origen indio que requerían calor (caña de *azúcar*, *arroz*, *algodón*) y que, consecuentemente, se sembraban en verano dio lugar a la rotación de cultivos, y los campos de regadío produjeron más de cuatro cosechas al año.

La cultura científica y libresca árabo-islámica es entonces trasvasada hacia la España cristiana -y todo el Occidente- por medio de las traducciones realizadas en el siglo XII, al tiempo que el Islam seguía retrocediendo en la Península tras la toma de Toledo por Alfonso VI de Castilla en 1085 y la conquista de Zaragoza por Alfonso I de Aragón en 1118.

Es la llamada "Escuela de Traductores de Toledo" articulada alrededor del arzobispo de Toledo, don Raimundo, entre 1124 y 1151, cuando las traducciones alcanzan un nivel considerable en cantidad y calidad. La segunda etapa toledana gira en torno a Gerardo de Cremona, que realizaría más de setenta traducciones de obras árabes, algunas de capital importancia como el *Canon* de Avicena, el *Libro de al-Mansur* de Rhazes y la *Cirugía* de Abulcasis. Además a través de las traducciones toledanas de filósofos árabes se descubre al Aristóteles metafísico y naturalista, lo cual abriría nuevos cauces a la especulación filosófica europea.

En el siglo XIII, la influencia cultural árabo-islámica en la península ibérica alcanza una de sus cimas bajo el reinado de Alfonso X el Sabio, que coordinaría un amplio equipo de cristianos, judíos y musulimes, los cuales tradujeron, adoptaron o resumieron obras árabes de diversas materias: ciencias, narrativa, juegos, etcétera. Pero es justamente en este siglo cuando, tras las grandes conquistas de Fernando III el Santo, el Islam queda reducido en la Península al reino nazarí de Granada, mientras otros musulmanes permanecían viviendo en los reinos cristianos en situación de mudéjares. La cultura hispano-árabe se desliza ya hacia una decadencia imparable.

De ahí que sus fórmulas administrativas y técnicas dejen de ser poco a poco un modelo imitable para organizar la vida diaria de los cristianos y, aunque todavía entre en el léxico castellano algún arabismo que hace referencia a esas realidades, la inmensa mayoría de los préstamos arábigos de este

período, así como los que penetran en el castellano en la baja Edad Media, son de otro signo.

En efecto, ahora se advierte una influencia pacífica y continua del arabismo discernible en múltiples campos, por ejemplo en el dominio de la medicina y farmacopea, lo cual es indicio de una mayor demanda social de salud y bienestar; en el del vestido y del adorno personal; en el de las plantas y frutos... Y es que la sociedad castellana -y cristiana en general- en franca expansión, necesitaba diversidad de materias y artículos que su comercio y su creciente poder adquisitivo reclamaba. Ahora bien, a pesar de estas pacíficas influencias siguen adoptándose términos que hacen referencia a técnicas guerreras, así como el armamento (*jinete, azagaya*).

Este hecho confirmaría una vez más la ambivalencia siempre existente en las relaciones de los cristianos con los musulmanes, que se conjugaban entre el deseo de refinamiento y cultura por un lado y el antagonismo religioso y económico por otro. Y este talante será el mismo durante toda la baja Edad Media.

Para ilustrar lo dicho tomemos como ejemplo un grupo de arabismos que a partir de la segunda mitad del siglo XIII y durante los siglos XIV y XV penetraban en el castellano, lo cual es testimonio de los logros que se alcanzaban en la agricultura andalusí, pues las semillas de muchas plantas llegadas a la Península fueron unas veces aclimatadas en el país y otras ya existentes mejoradas por los musulimes. He aquí algunas de las hortalizas, legumbres y frutas comestibles introducidas o mejoradas por los musulimes, que son denominadas como arabismos en castellano:

Palabra castellana - Forma árabe/ hispano-árabe	Palabracastellana-Forma árabe/ hispano-árabe
aceituna az-zaytuna	azamboá az-zambu'a
acelga as-silqa	azúcar as-sukkar
alazor al-'usfur	azufayfa az-zufayzaf
albaricoque al-barquq	badea battiha
alcachofa al-harsufa	berenjena badinyuna
alcaravea al-karawiya	chirivía yirwiyya
alficóz al-fuqqus	espinaca isbinah

alföstigo	al-fustaç	lima	lima
algarrobo	al-harruba	limón	laymín
aljonjolí	alyunyulin	naranja	naranya
almeza	al-mays	orozuz	uruq sus
altramuz	al-tarmus	sandía	sindiya
alubia	al-lubiya	tamarindo	tamahindi
arroz	ar-ruzz	toronja	turunya
azafrán	az-za'fran	zanahoria	isfannariya

El impacto causado por esta profusión de nuevos frutos y plantas queda manifiesto en la obra de un autor anónimo presumiblemente del siglo XV, quien (continuando en romance el *Chronicon Mundi*, obra del siglo XIII compuesta por Lucas, obispo de Tuy) nos relata los hechos de la conquista de la baja Andalucía por el rey Fernando III, lleno de exaltación, utilizando símiles y expresiones bíblicas en estos términos: "El rey Fernando éste ser Josué, que vencidos los reyes de Córdoba y de Granada, con los condes de Castilla metió los pueblos, y León y Castilla, que son los hijos de Israel, en la tierra de los moros para que viesen cada día al señor faz y faz y por que se criasen con pan y vino, y frutas milgranadas (granadas), limones, toronjas, naranjas, frutos de palmas (dátiles), grana de escarlata y algodón". El autor anónimo nos procura así una lista de los productos más exóticos y deseados por los castellanos en la baja Edad Media.

La imitación de estilos de vida andalusíes por parte de la clase dominante castellana dio lugar a que nuevos cultivos vinieran a colmar nuevos gustos dietéticos y culinarios, gustos que pronto se extenderían a todas las capas sociales. Así tanto judíos como cristianos comían exquisitos guisos de neta raigambre hispano-árabe como eran *albóndigas*, *alcuzcuz*, *almojábanas*, y se regalaban con reposterías de *alcorza*, *alfajor*, *alfeñique*, *almíbar*, *arrove*, *atalvina* y [bollo] *maimón*, guisos y reposterías todos denominados con palabras castellanas provenientes del árabe.

Así por más que la civilización árabe-islámica periclitara, su influjo pacífico continuó sobre los estados cristianos peninsulares. Este hecho es fácilmente discernible en las modas del vestido y del calzado. En el siglo XV,



efectivamente, es cuando se incorporan ciertas prendas de origen oriental de forma generalizada al vestuario castellano; primero adoptadas como prendas de lujo por nobles y reyes, más tarde por imitación se extendería su uso entre los grupos populares, donde prendas como los *almaizares* y *alfaremes* se generalizarían de tal manera que terminaron por formar parte del traje popular.

Las llamadas tocas que envolvían la cabeza totalmente, común a castellanos y musulimes granadinos, fueron las que se conservaron entre las gentes del campo con mayor persistencia. Así, una vez que las tocas moriscas hubieran pasado de moda entre las clases altas, todavía a mediados del siglo XVI había hombres del pueblo que las llevaban. De esta manera, cuando Carlos V hizo su primer viaje a España, el Marqués de Villena envió a su encuentro un anciano cuyo atuendo llamó grandemente la atención del cronista flamenco: "Este buen anciano -escribe- iba tocado a la moda turquesca o judaica, con que se tocaban los turcos o sarracenos, que es un atavío todo de lino que se enrosca alrededor de la cabeza, como en Castilla suelen usar". Este hecho, por sí mismo es un magnífico ejemplo de la enorme influencia de los usos musulmanes en la vida de los cristianos del bajo medioevo peninsular.

Capítulo aparte merecen la arquitectura y la albañilería, puesto que en este dominio la influencia árabe, sobre todo en la baja Edad Media, es donde quizá se hace más patente. Hablan por sí solos los múltiples edificios, tanto de tipo religioso como civil, que fueron levantados entonces por alarifes mudéjares contratados por las autoridades cristianas, en un momento en que las fórmulas culturales europeas estaban en crisis (Guerra de los Cien Años, el Cisma de Occidente, gótico final...). Esos alarifes dejaron su impronta merced a sus afinadas técnicas de ladrillería, azulejería y carpintería. Tanto en la Corona de Castilla como en el reino de Aragón florece en la baja Edad Media ese estilo artístico llamado "arte mudéjar, tan peculiar y característico de tierras hispanas (la ciudad de Toledo, por ejemplo, es esencialmente una urbe mudéjar).

Poco a poco, sin embargo, se iban imponiendo nuevas fórmulas culturales y, el prestigio que de éstas emanaba, fueron determinantes en nuevos procesos

de prestación. A principios del siglo XVI los musulmanes granadinos vencidos y los mudéjares, aculturados unos y cuasi asimilados otros, nada comparable al Renacimiento podían ofrecer. Testimonio de ello es la lengua castellana del tiempo, donde la proporción de cultismos es, con mucho, superior a la de los nuevos arabismos.

No por ello en la Edad Moderna la influencia árabe visible dejó de existir de golpe. Eso sí, fue difuminándose y languideciendo poco a poco, atrincherándose muchas veces en las artes menores. De ahí que ha pervivido su impronta e influjo en la cerámica, el trabajo del cuero, la orfebrería, e incluso en la cocina hasta nuestros días.

En cuanto a la influencia no visible, más profunda y menos discernible, ésta quedó inextricablemente mezclada de forma indeleble, en mayor o menor grado, en la idiosincrasia de los pueblos hispanos y en mayor medida, justo es decirlo, en el pueblo castellano, el más universal de todos los pueblos de la Península, que a principios de la Modernidad se lanzará a la aventura americana y a los grandes viajes transoceánicos, proyectando la universalidad de su acervo cultural (resultado de la coexistencia de judíos, moros y cristianos) hacia el Occidente y el Oriente.

## BIBLIOGRAFIA

- M. GOMEZ - MORENO: *Iglesias mozárabes. Arte Español de los siglos IX a XI*, Madrid, 1919.
- E.K. NEUVONEN: *Los arabismos del español en el siglo XII*, Helsinki, 1941.
- A. GONZALEZ PALENCIA: *Moros y cristianos en España medieval*, Madrid, 1945.
- J. SCHACHT y C. E. BOSWORTH: *The Legacy of Islam*, 2ª ed. Oxford, 1974.
- T. F. GLIK: *Islamic and Christian Spain in the Early Middle Ages*, Princeton, New Jersey, 1979.
- F. MAILLO SALGADO: *Los arabismos del castellano en la baja Edad Media*, 2ª ed. Salamanca, 1991.
- G. M. BORRAS GUALIS: *El Islam, de Córdoba al mudéjar*, Madrid, 1990.
- NOUFOURI, HAMURABI: *El Diccionario del Alarife*, Buenos Aires, 1995.

*Felipe Maíllo Salgado*